

REVISTA GALAICA.

Año III.

Ferrol 30 de enero de 1876.

Núm. 2.

GALICIA MONACAL,

Ó ESTADO SOCIAL HORRIBLE DE GALICIA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO PASADO, EXPLOTADA BÁRBARAMENTE POR EL CLERO.

I.

El estado social era horrible en aquel período: el elemento clerical llegó á prevalecer tanto sobre el elemento nobiliario ó solariego y sobre el elemento popular ó democrático, que Galicia no vivía otra vida—por entónces, 1712—que la vida monacal.

Si el obispo Sandoval—cronista del rey—publicó que se hallaban en Galicia más de cuatrocientos monasterios, sin las iglesias catedrales, añadiendo que *casi todo el reino de Galicia diera sus nobles á la iglesia*,—la ciudad de Compostela eleva un memorial á Felipe V, manifestando con toda verdad que *de las nueve partes del reino de Galicia, ERAN DE LA IGLESIA CATÓLICA LAS SIETE Y ALGO MÁS (1)*

¿Cómo había de prosperar, pues, Galicia, monopolizada de un modo tan inicuo por la langosta eclesiástica? ¿Qué significación había de tener un país en que todas sus fuerzas vivas las inutilizaba la vida conventual ó monástica? ¿Qué venía á ser Galicia, entónces, á la extincion de la monarquía austriaca, más que un inmenso monasterio, segun dejamos ya historiado?

¿Cómo no estar *atrasado* un país con semejante modo de ser? ¿Cómo historiar su vida en el campo de la muerte... pues á la muerte civil lo había empujado una teocracia estúpida?

El estado social era, pues, horrible en aquel período en que la teocracia dominó el país gallego y á la nación,—y era preciso un sacudimiento moral, una reacción vital como la que operó la casa de Borbon para resucitar á esta Galicia galvanizada por un clero tan ignorante como sobervio, tan ambicioso como miserable.

Este mismo historiador eclesiástico, Seguin,—aun tiene la insolencia in-

sufrible y asquerosa de alardear de tal rebajamiento social, diciendo en seguida: «¿Qué más puede enaltecer á un país que despojarse casi todos sus naturales —como lo hizo Galicia—de sus haciendas y casas, para darlo todo á la iglesia, de manera que de las nueve partes de este antiguo reino *son hoy dia* las siete de los eclesiásticos y religiosos!»

Y aun se hacen más insolentes las afirmaciones de este historiador eclesiástico de Galicia, contemporáneo, cuando dice más adelante: «No hay reino ni provincia en España ni en parte alguna, que en tan corto terreno como Galicia (la lucense ó actual), sustente tantas y tan ricas iglesias, monasterios y conventos, colegiatas y catedrales como sustenta, *por lo cual padecen muchos de los naturales MIL ATRASOS.*»

¿Y qué religion es la católica—decimos nosotros á nuestra vez—que así esquilma á nuestro país hasta el punto de privar á sus naturales de lo más precioso para la vida como su alimentacion, padeciendo por lo mismo *mil atrasos!*

II.

Ya lo ve el país. Por confesion de los mismos historiadores eclesiásticos, á principios del siglo pasado los propietarios y habitantes de Galicia *eran tan católicos* que ofrecían casi todos sus bienes á la iglesia,—de tal modo que de las nueve partes de la propiedad territorial *siete pertenecían al clero*, pasando los naturales mil y mil angustias y privaciones?!—Tales son sus palabras, y en verdad que no pueden ser más gráficas.

Pues bien:—si Felipe V de Borbon no hubiera puesto coto solapadamente á esa monomanía católica de la Galicia monacal, condoliéndose de las tristes quejas que sobre esto le elevó la ciudad de Compostela—capital entónces de nuestro reino—¿qué hubiera sucedido?

Sucedería que de proseguir año tras año esa progresion ó absorcion territorial eclesiástica, de las nueve partes no quedarían *dos libres* como hasta allí, sinó que las

(1) SEGUIN. Hist. de Galicia, T. I, pág. 146.

nueve partes ó sea toda Galicia estaria absorvida completamente por el clero. Y entónces, el clero mismo iniciaria la reaccion en sentido liberal, por más que parezca un contrasentido; pues la *esterilidad* de una situacion tan inícuca como la que tocaba con sus propias manos, engendraría el hambre para todos,—y ante el hambre que lo envolveria por haber agotado las fuentes de produccion, secas por las oraciones (porque con las oraciones no produce la tierra sinó con el trabajo), la misma Galicia monacal arrojaría los santos á un lado, trasformaría los conventos en fábricas, y los campos yermos en fructíferos labradíos.

Y á fé que no gritaria entonces: ¡Honor á los santos! sinó: ¡Honor al trabajo! Porque en el trabajo veria su salvacion, no en las oraciones.

III.

Profundizad bien la cuestion social que abordamos con la historia en la mano,—y veris que no cabe otra solucion.

Para desengañar á los ilusos, nada como la realidad.

Si la corona, pues, no hubiera atendido las elocuentes quejas del elemento civil de Compostela, en contra del elemento monacal del país,—el mismo clero, al verse sumido en lo más profundo del precipicio social que habia socavado en las conciencias con su asqueroso fanatismo eclesiástico; al verse triturado de hambre y frio por falta de produccion y de industria; al ver, en fin, que toda *la baraja se volvia ases* y todos eran santos *porque todos oraban y no trabajaban*,—ese mismo clero que *todo y todo* lo queria para si á *nombre de Dios*, esa misma raza de vivoras como llamaba Jesús al clero judaico, maldeciria su ambicion desatentada, antecristiana y ante cristiana,—y de sus propias entrañas ó sea del propio esceso de su impiedad sacrilega, surgiria la reaccion armándose los unos contra los otros hasta exterminarse los más por espíritu de conservacion,—quedando tan solo á flote en la superficie de la catástrofe, no el hombre que quiere vivir á costa de los demás, sinó el hombre que ha de vivir con el sudor de su frente!

IV.

Y entónces sucederia tambien—que el

caudillo de esa misma reaccion, pasaria por héroe popular...

Pero ¡ay! el verdadero héroe de la reaccion liberal seria *el hambre!!*

El hambre,—esa calamidad que provocaba el clericalismo con su afán de absorberlo todo, con su irracional saqueo, con su sibarítica holganza, con el infernal fanatismo que inculcaba en nuestra noble cuanto explotada Galicia!

V.

Hace, pues, siglo y medio que de las nueve partes de Galicia, las siete se hallaban en poder de lo que—económicamente—se llama *manos muertas*.

La *desamortizacion* tuvo lugar hace 30 años,—y Galicia renace floreciente en agricultura y ganaderia. Otros 30 años más, y en su movimiento industrial no le irá en zaga á ninguna region de España.

B. VICETTO.

(*Historia de Galicia*: tomo VII, corregida y aumentada para la segunda edicion.)

— e —

LA CONCIENCIA.

Vió Juan á Pedro contar
unas monedas de oro,
y avaro de aquel tesoro,
dijo:—Le voy á matar!—

El hierro infame aprestó
con cautela el muy villano,
y en la espalda de su hermano
hasta el puño lo clavó.—

—¿Quién me llama!—el crimina-
dijo, pavora sintiendo,
y de nuevo apercibiendo
la punta de su puñal.

—Ah! no era nadie:—repuso.
—¿Quién habia de venir!—
y entónces echando á reir
el oro á contar se puso.

No obstante, cuando afanado,
él guardaba su dinero,
un ojo vió rudo y fiero
sobre los suyos clavado.

Lleno entónces de pavor,
—Marchemos de aqui, se dijo:
pero el ojo siempre fijo
le miraba con horror.

Con paso asaz inseguro
como el paso de un beodo,
procuró de cualquier modo
ocultarse en sitio oscuro.

—Aquí no me expiará,
dijo, ensanchádo su pecho:
empero al mirar al techo
exclamó al punto:—Allí está!

Tambien de allí se salió
sin comprender su demencia,
y huyendo de la conciencia,
en una caverna entró.

—Por fin pude huir de él...
y cuando así se expresaba
vió el ojo que le miraba
con insistencia cruel.

—¿Tampoco aquí..! sollozó:
si yo los ojos cerrara
de fijo no me mirara...
¡toma! ¡claro!—y los cerró.

Pero tampoco halló paz,
que cuanto más los cerraba,
más el ojo le miraba
de una manera tenaz.

NICANOR REY.

Pontevedra.—1875.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA,

EL SITIO DE LUGO POR MAHAMUH.

II.

Don Ero á caballo.

Despues que dieron tan afrentoso castigo al enamorado moro, el conde mandó soltarle, y pagó seis alfonsines de plata á cada criado.

Pero el siguiente dia le pareció espantosa su venganza y tuvo un miedo indecible de la que Mahamud tomase de él. Tal fué su temor que no sé atrevió á salir del castillo solo: soñó dos ó tres veces con la gumia del morisco, y llegó á temer hasta de su misma esposa.

Sin embargo, sea que Mahamud no tomase por gran ultraje lo que le habia hecho ó que no se le hubiese presentado ocasion para vengarse, pasaron meses y meses sin que algun acontecimiento, por insignificante que fuere, aclarase la situacion respectiva de ambos. Ninguna palabra de Geloira le anunció odio por su parte ó por la de su amante. ¿Era acaso que se habian roto las relaciones, ó que cubrian con un velo de indiferencia falaz la aversion que le tenian?

Esto era problemático para el timorato conde: ni una prueba de sus amores: ni de sus odios: nada, nada. La vida uniforme y pacífica de la condesa le persuadian por el pronto de que ella habia conocido su inmensa falta y que parecia arrepentirse de ella; pero su política fria y reservada contradecía esta asercion; y engolfada en un mar de dudas crueles, en que fluctuaba tambien la honda pasion que emperre habia despertado en su alma aquella hermo-

sura altanera, se conmovia profundamente la sensibilidad de su organizacion delicada, fundida por la felicidad pura y tranquila de los niños ó de los ancianos.

Así las cosas, llegaron á trascurrir dos años. Pero una noche, contra su adorable costumbre de recojerse temprano en su cámara, Geloira ni parecia en ella ni en el castillo.

El conde no se acostó de pesar y de inquietud mortal, y cuando se presentó la condesa eran las tres de la mañana. ¿A dónde habia ido? Ni él se atrevió á preguntárselo, ni ella habló una palabra que disculpase aquella falta.

A la siguiente noche sucedió lo mismo: y el conde creyó necesaria una esplicacion: pero no tuvo valor para exigirla, por más que lo deseaba vivamente.

Más animoso á la tercera vez aunque temblando por el violento esfuerzo que hacia sobre si mismo, le habló vivamente afectado:

—Geloira, ¿de dónde venís á estas horas?

—¡Silencio!... le contestó ella lanzándole una mirada terrible; llevando el índice de la mano derecha á los lábios, y volviéndole la espalda bruscamente.

Don Ero se quedó aturdido en la antecámara. Era preciso ser tan pusilánime como él para sufrir estas respuestas sin confundir á la culpable: pues se retiró paso á paso á su dormitorio, como pesaroso de haber provocado aquella palabra y aquella mirada colérica que le hizo temblar como un pobre niño.

Viendo que por más que hacia para vencer su timidez y cobardía, le era imposible revestirse del carácter necesario para hacerse valer algo en aquellas situaciones en que la ventaja está de parte del valor moral, resolvió espiarla por si misma sin necesidad de que se supiera nada en el pais, para evitar así los sarcasmos de los nobles. Esperó la ocasion oportuna y la vió dirigirse á galope por el camino del castillo de Pontubio. ¿A qué seguirla?... No le eran ya conocidas las causas de sus salidas nocturnas?

Su primer pensamiento fué un pensamiento de venganza. La venganza lo mismo la sienten los niños que los hombres... es tan innata á la criatura como el amor á la vida.

Furióso y loco entró en su castillo, se armó de piés á cabeza, cosa bastante rara en él, y pidió el caballo de batalla de su hijo: porque el conde don Ero habia sido ya casado con otra señora, y de aquel enlace le habia quedado un hijo que tendria por entonces veinte años. Montó en el arrogante corcel con la ligereza de un mono, que tal parecia á caballo, atravesó el Miño lentamente, espoleó despues al bruto con la rabia que le dominaba, y semejante á uno de esos fantasmas de la noche ó enanos maliciosos de las baladas antiguas del pais, devoraba las distancias con la rapidéz del rayo.

Era una noche de verano: un millon de estrellas de oro salpicaban el azulado fondo de los cielos, balanceábase la luna entre algunas nubes ligeras, y á la atmósfera pesada y calurosa del dia habia sucedido un ambiente puro y embalsamado que aspiraba con pasion el caballero á pesar del coraje que lo poseia.

Cuando llegó á Remesar, cerca ya de Santa Ma-

ría de Goó, sintió decaer aquella animosidad que le había dominado hasta allí, hija de los celos que atarazaban su corazón y de sus deseos de venganza, y quiso volverse, pues á la sola idea de encontrarse solo cara á cara y cuerpo á cuerpo con el arrojado árabe, se sentía desfallecer de terror y tuvo miedo hasta de las misteriosas armonías de la noche en aquellas montañas que se alzaban á derecha é izquierda, figurándosele el más insignificante rumor el de la gúmba del morisco al salir de la vaina.

Pasado un momento en la pendiente de una montaña, vió á lo lejos los macizos torreones del castillo de Noceda elevarse á los aires como tres fantasmas silenciosas; y una idea que él tuvo por feliz le asaltó á su vista. El cuitado deseaba ardientemente concluir con el amartelado moro, pero le faltaba serenidad, arrojo, valor... todos esos sentimientos precisos para un golpe de mano que curase sus celos y su honra,—y pensó en el vino.

Firme en esta idea de recobrar la audacia que hasta allí lo sostuviera, y de comunicar nuevas fuerzas á su alma, entró en el castillo de Noceda y pidió de deber con la arrogancia de un gentleman. Por más preguntas que le hizo el castellano sobre la extrañeza que le cansaba su presencia en aquellos sitios, y aquellas horas armado como un Viriato contra su costumbre, D. Ero contestaba con monosílabos. Apuró tres ó cuatro vasos de Vilachá: despidiéndose de su amigo con aire marcial, y salió del castillo con más humos que don Evano de Oiriz, resuelto á cometer la terrible empresa en que había de recobrar su pérdida honra.

Cuando llegó á Santa Maria de Goó y vió alzarse á lo lejos el elegante cerro de Rendar, coronado con el castillo de Pontuvio, cedió su valor ante sus torreones, agitó sus miembros un temblor extraño, maldijo su imprevisión en no haber traído un escudron de sus gentes, y quiso volverse: pero su amor... ¡sus celos...! ¡su honra y su venganza!

Batallando entre su honor y su cobardía, se halló indeciso largo tiempo entre sí había de avanzar ó retirarse. Pero al fin la noble sangre de los Pallares habló á su corazón y le pareció mil veces mejor morir que cejar en circunstancias tales.

Decidido á arrastrar la cólera de Mahamud y aunque fuera morir á sus manos, pues habla instantes en que deseaba más parecer que vivir en aquella atmósfera de deshonra y vergüenza que le abrumaba, se apeó en el puente de madera que está al pié del cerro, ató su caballo á la baranda, lejos de la yegua de su Geloira que estaba allí también, y empezó á subir al castillo en demanda de su honra, á pesar de aquella alternativa entre huir ó avanzar superior á su razón y á todas las fuerzas de su alma.

Trepaba don Ero con gran trabajo por aquellas rocas escalonadas, que maldecía en su desventura al ver cuán difícil se le hacia la ascension á cada paso por el peso de sus armas, cuando cerca ya de los muros del castillo oyó la delicada voz de su ingrata señora. Estaba allí... junto á él, sentada en una roca con su amante.

¡Oh! toda la sangre se le agolpó á la cabeza en aquel momento, y hubo de estremecerse de furor y de alegría... el furor del ultraje vivo, la alegría de la venganza próxima.

Una fuerza superior y desconocida le alentaba

como nunca. Quiso acercarse más á la maldecida pareja y no pudo: una roca colosal se interponía entre el crimen y la venganza. Para acercarse más á ella desde el sitio en que se hallaba, era preciso dar una gran vuelta en derredor del peñasco con esposición de su vida, pues se alzaba sobre él espantosamente inclinado hácia el Mao.

III.

El alma de Maladra.

Pero aquella presencia de ánimo que demostró al oír la voz de su esposa, aquel deseo frenético de lanzarse sobre el moro que espermentó de súbito, pasó como una exhalación. Temió.

Tanto temió que se puso á orar para que el cielo le sacara bien de su aventura. En aquel momento de terror, la honra y la venganza nada decían á su corazón, nada significaban para él. En estas transiciones se había consumido toda su vida, en el círculo de sus deberes de señor de vidas y de haciendas, ese valor del déspota adquirido, á fuerza de ver inclinar ante él las cabezas de sus vasallos.

—Cristiana... oyó decir á Mahamud amorosamente, por tus ojos azules y tus cabellos de oro, me arrojaría al río si necesario fuera para satisfacer algún deseo de tu alma. ¡Hay tanta dulzura en tus ojos! ¡Hay tanto de celestial en tus ensortijados cabellos!

—Cuanto me amas, ¿no es verdad, mi querido moro? objetó ella con la voz más cariñosa del mundo.

—Como amo al sol, cristiana, como amo la vida.

—Y yo... tartamudeó con la misma voz y poseída del amoroso deleite que embriagaba su alma en brazos del enamorado moro: yo te amo también como amo al sol... como amo la vida, Mahamud!

—¡Oh! murmuró el conde D. Ero mordiéndose los labios de angustiosa pena.

—Porque tus ojos, Mahamud... mi querido Mahamud... tus ojos negros brillan como los de los ángeles... Por tus miradas abrasadoras, olvido todo, todo lo más sagrado que hay en el mundo... Moro, mándame, porque yo no soy más que una esclava tuya... mándame herir á mi esposo y heriré...

—¡Cáspita! balbuceó el conde acurrucándose cuanto pudo á la sombra de la roca.

—Mándame arrojar de aquí al abismo que hay á nuestras plantas y me arrojaré serena, tranquila, alegre, voluptuosa, con tal que tu boca recoja mis últimos suspiros, y tus ojos recojan mi última mirada de amor!

—¡Cristiana! exclamó el árabe con trasporte.

Y sonaron dos besos confundidos en uno solo.

Y maldiciendo su invencible cobardía, D. Ero buscó algún medio para vengarse.

—Si yo pudiera valerme de algún resorte para hacer que ella lo aborreciese y lo abandonara, pensó. Si yo tuviera el Findoro del caballero Evano de Oriz para encantarla de modo que no quisiera salir nunca de Pallares, y me dijera á mí, tan sólo á mí esas palabras tan dulces... ¡Nada... Voy á ver si puedo meterles miedo fingiéndome el alma errante de Maladra, que según dicen anda por estos sitios guardando los tesoros que tiene enterrados entre las

rocas. Imitaré bien su voz atronadora... sus ayes de fiera... Pero ¿y si el mismo Maladra, me coje por el pescuezo y da conmigo por el despeñadero?

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

ESPEJISMO.

I.

Cruzando vá el desierto ilimitado
sedienta caavana;
los sécos lábios á rezar se aprestan
la última plegaria.

Allá en el horizonte, allá, muy lejos,
descubren sus miradas
cien lagos sin orillas que reflejan
la luz entre sus aguas.

Se acercan... llegan... Ay! Sus labios tocan
arenas abrasadas:
en blasfemia espantosa se convierte
la oracion comenzada.

II.

Yo también tengo sed... También camino
en pos de la ventura
y ansío reposar, porque me muero
de fatiga y de angustia.

Célica aparicion vió el peregrino
surgir entre la bruma,
y en la vida sonó y en la esperanza
ante la imágen suya.

¡Muger! En el desierto de mi vida,
¿serás la fuente pura
que el corazon refresque, ó falso oasis
donde mi sed de amor no apague nunca?

JESÚS MURUAIS.

Madrid, diciembre de 1875.

GALICIA PINTORESCA.

CALDAS DE REYES.—CALDAS DE CUNTIS.

I.

La etimología de los baños minerales de ambas localidades, situados entre Padron y Pontevedra, á cinco leguas de Santiago, y separadas entre sí por la estrecha distancia de una legua, justifica el remoto descubrimiento de sus aguas termales. La trasmision secular de las generaciones sucesivas ha conservado sus nombres con el bautismo imperial de las

T. III.

baños de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, y el azadon del picapedrero ha removido entre los escombros apilados por el tiempo la estatua votiva y la inscripcion mutilada, como la refrendacion arqueológica de su remota antigüedad.

La palabra *Caldas*, aplicada á ambas villas, esplica el origen de su merecida celebridad. *Caldas* es la corrupcion vulgar de *Aquæ Caldenses* que los romanes aplicaban á los establecimientos de aguas minerales. En España y Portugal se encuentran algunos pueblos con el nombre de *Caldas*: en Cataluña, Caldas de Montbuy y Caldas Destrach; en Portugal á doce leguas de Lisboa, los enfermos concurren á Caldas de la Reina. Las celebradas *burgas* de Orense en Galicia le han dado, en lo antiguo, el nombre de *Aquæ Urentes*. Y como si la denominacion de *Caldas* no esplicase completamente las virtudes medicinales de estos baños, que eran preferidos á los de Lugo y Orense, tambien de exploracion y fábricas romanas, la denominacion de Cuntis (*á cunctis*, para todos) acredita la extraordinaria concurrencia de los enfermos, desde los apartados dias de la dominacion imperial. Entre tanto que de los baños de Lugo sólo han sobrevivido, como un monumento arquitectónico, los arcos que contempla el viajero ó el arqueólogo bajo la nueva fábrica de sillería construida en nuestros dias, y una arista desigual de antiguo muro que se adelanta hácia las corrientes del rio Miño, sostenida como un colmillo duradero en la endeble eucia de una tapia moderna, en Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis se reconocen los fragmentos de su remota fundacion, y el anticuario, si bien no puede interpretar las líneas truncadas de las inscripciones romanas, ó explicar la advocacion simbólica de la estatua mutilada, justifica la antigüedad de ambas localidades, y llega desde el imperio de los césares hasta nosotros por medio de esa *guia monumental del viajero*, en cuadernos incompletos que, ya se han depositado en el fondo de un baño, ya se han archivado en la pared exterior de una iglesia. La dominacion de los antiguos señores del mundo se acredita por los nombres de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, por los muros rebajados de sus estanques, por sus fuentes públicas desmoronadas, y por sus inscripciones de oscura interpretacion: la dominacion de los monarcas de Asturias y Galicia se echa de ver en la inscripcion gótica de la iglesia parroquial de Caldas de Cuntis, y en el sobrenombre de Caldas de Reyes. Los títulos son á los pueblos lo que los blasones á las familias: constituyen su abo-lengo, señalan una fastuosa concesion ó privilegiada inmunidad.

El señor Bedoya (1) asegura que el título de Cal-

(1) En su *Tratado de Fuentes minerales*.

das de Reyes ha tenido su origen en la frecuencia con que los monarcas españoles concurrían á usar de sus aguas termales. También se cree que se llamó de esta manera desde que el emperador D. Alfonso VII nació en esta villa en 1106, siendo el lugar de su residencia, hasta que confiado á la tutoría del conde de Trava, y ungido rey en la catedral de Santiago, por el arzobispo D. Diego Gelmírez en 1110, abandonó para siempre la humilde cuna que el valor y la decisión de Galicia trocarían en trono desde los albores de una azarosa juventud (1). El establecimiento de aguas minerales, que no ha sido cegado durante la prolongada noche de la dominación sueva y cantábrica, presenta un extenso lienzo á las prescripciones de la historia, y á las observaciones de la medicina.

Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis merecerán en la ocasión presente más bien una rápida enumeración de sus restos monumentales y fragmentos arqueológicos, que una apreciación facultativa de sus propiedades medicinales. Nosotros buscamos únicamente lo secular, y saludamos de paso al enfermo que nos permite registrar los restos arquitectónicos de la dominación romana. ¡Cuántas generaciones convalecientes no han cruzado recelosas sobre el vacilante pavimento, ó han delectado con vaga indolencia las letras gastadas de la piedra mural! ¡Y han caído en el sepulcro antes que el pavimento se haya hundido, y las iniciales de sus nombres han sido borradas por la lluvia en el cementerio, ántes de que doce siglos hayan podido destruir las iniciales esculpidas por el cincel romano! Vale más familiarizarse con lo pasado, que apasionarse de lo presente: de esta suerte el hombre se identifica involuntariamente con la muerte.

II.

En Caldas de Reyes existen dos casas de baños: la una situada á orillas del río Humia con el nombre de *Baños Dávila ó Dá-vila* (2), presenta dos bañaderos generales para hombres y mugeres, otros dos de reducidas proporciones, y diversos baños pequeños para un sólo enfermo; la otra, situada al sur del mismo río, bajo el nombre de *Casa de Acu-*

(1) En comprobación de la importancia que algunos historiadores conceden á esta villa, durante la edad media, el padre Florez coloca á fines del siglo IV en Caldas de Reyes la primera iglesia de Compostela. Cernadas de Castro, más conocido por el *Cura de Bruño*, combate esta opinión con una crítica sensata y razonada. (Véase el tomo III de sus obras.)

(2) A pesar de que se busca en el dialecto gallego la explicación de este título (baños *Dá-vila*, baños de la villa ó pueblo), viene del apellido de su fundador don Joaquín Dávila, que edificó á sus expensas esta casa de baños en 1798.

ña (1), tiene también dos bañaderos generales para ambos sexos, seis baños particulares, y tres destinados á las enfermedades contagiosas. Inmediata á la casa de *Dávila* se encuentra una arqueta de agua mineral que sale de un caño de bronce, para el uso común, y sobre el cual se ha colocado la siguiente inscripción romana, que se ha encontrado en los cimientos de su fábrica:

E DOVIO ADATVCIO VTAI VSIM.

La palanca del obrero ha completado la obra del tiempo. Esta inscripción mutilada no se presta á las interpretaciones del anticuario: es el sello rodado de la dominación romana, cuyo anverso, borrado por los años, deja sin advocación y sin fecha la remota fábrica sobre la que se han apilado los escombros de lo antiguo, sirviendo después de cimientos á lo contemporáneo.

Caldas de Cuntis ofrece á los enfermos siete casas de baños, entre las que se cuentan las conocidas por *Era vieja*, *Era nueva*, *Santa Maria*, *Horno y Castro*. La *Era vieja* y *Era nueva* tienen seis baños para hombres y mugeres, la casa de *Santa Maria ó de la Virgen*, construida en 1838, presenta cuatro bañaderos, un baño general de vapor para diez personas, otro de igual condición para baños parciales, y once caños para baños de chorros; y en las del *Horno y Castro* existen tres baños, cuya temperatura está confiada á la voluntad de los bañeros.

En Caldas de Cuntis se conservaban cuatro baños construidos por los romanos, de los cuales uno ya fué destruido con la fábrica del *Baño de la Virgen*. Los tres que existen en la actualidad sirven como de arquetas á los manantiales más calientes de agua mineral. En los cimientos del baño cuadrado de construcción romana, con una fuente en cada ángulo, cuyas aguas arrojadas por dos caños en una pila contigua al río se desperdician, escepto las que aprovechan los vecinos para los usos domésticos, se ha hallado en 1834 una estatua de cobre (2). Si hemos de apreciar en su justo valor las proporciones de su ejecución, debemos colocarla sobre la inscripción voliva de algun enfermo restablecido. La cir-

(1) En 1812 el Excmo. Sr. D. Pedro Acuña mandó hacer dos fuentes de agua termal, y dispuso que se levantase el plano de una casa de baños, cuyo trabajo dispuso y llevó á cabo el arquitecto Prado, hasta 1814, en cuyo año falleció aquel activo y celoso tector de Galicia. En su testamento dejó consignado que los productos de esta casa de baños que lleva su apellido se aplicasen á una escuela de primera educación en Caldas de Reyes, que fundó su hermano el Sr. D. Andrés Acuña, dean de la catedral de Santiago, que falleció en 1831.

(2) El señor Fernandez Mariño posee esta obra artística, de cuatro ó cinco pulgadas de altura, cuya copia ha remitido con el mayor celo é interés para acreditar la antigüedad de los baños minerales de que era entonces director, á la Real Academia de la Historia.

cunstancia de ser esculpida en plancha, con espigas de bronce por el anverso para clavarla sobre un plano, revela su destino y explica su colocacion. No así se puede determinar su advocacion. En la mano izquierda presenta un *clypeus* sin emblema, y si bien la mano derecha ha sido deshecha entre los escombros, la elevacion del brazo hace ver que sostenia en alto el palo de una lanza. Nos inclinamos á creer que fuese el arma comun á Minerva y Belona, porque la galea levantada sobre la frente que cubre su cabeza, y el *thorax* con escamas que cubre su pecho, constituyen la diosa del saber ó de la guerra.

Nosotros creemos que esta estatua representa la *Minerva Médica* de los romanos, á cuya divinidad se dedicaban inscripciones en los establecimientos de aguas termales, como lo atestigua la que aun se conserva en Caldas de Montbuy entre las dedicadas á *Apolo* y á la diosa *Salud*. La siguiente inscripcion que encuentra el anticuario repetida en dos piedras berroqueñas y toscamente labradas que se conservan en Caldas de Cuntis (1), revela el voto de algun *Florus* salvado de la muerte ó restablecido de una prolongada enfermedad:

HYMP
HISC
NIONIVS
FLORVS

Hé aquí las antigüedades romanas que ofrecen Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis para explicar la remota fundacion de sus baños. Presentémos ahora un ligero resumen de las propiedades químicas y virtudes medicinales de sus aguas minerales.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(Se concluirá.)

À SEVILLA.

RECUERDO.

Sevilla!... Guadalquivir!
como atormentais mi mente!

Duque de Rivas.

De ciudades maravilla,
una ciudad ví lucir
de un ancho rio á la orilla,
llámanla á ella Sevilla,
y al rio Guadalquivir.

Aves de hermosos colores
en sus campos de esmeralda
trinan como ruiseñores:

(3) Una, la mejor conservada, se encuentra debajo de la azotea (vulgarmente *patin*) de una casa, y la otra, casi borrada, en una esquina de la misma casa.

brotan en sus casas flores,
y flores en su Giralda.

A ceñir una corona
en Sevilla la quisiera;
y si una pátria eligiera,
perdona, Ferrol, perdona,
pero Sevilla lo fuera.

Que allí principié á sentir,
y allí principié á querer
bajo su limpio zafir;
y allí quisiera nacer
como quisiera morir.

Con sus bosques pintorescos
de naranjos y olivares,
con sus magníficos frescos
y sus amantes cantares
en los patios arabescos:

no hay ciudad de más primores
ni más variados placeres,
no hay flores como sus flores,
mujeres cual sus mujeres,
ni amores cual sus amores.

Cuando la brillante luna
con su nácar la engalana,
como Sevilla ninguna:
bella habrá sido moruna,
pero mejor es cristiana.

¡Cuán grato y encantador
con sus barcos de vapor
y sus veleras corbetas,
es su Bétis seductor,
el Bétis de los poetas!

Y cuando tú, sol fulgente,
con tu gran mirada abarcas
las curvas de su corriente,
no hay más que entre flores, gentes;
no hay más que entre aljófara, barcast

¿Qué vale Lóndres sombrío,
Venecia la decantada,
Paris con su poderío,
si no hay rio cual su rio,
si cual Sevilla... no hay nada?

¿Quién no bendijo la vida
entre sus gentiles flores?
¿Quién no siente conmovida
el alma, cuando abatida
recuerda allí sus amores...?

Ay! por eso hasta morir
decimos siempre, al vivir
de aquel paraíso ausente:
¡Sevilla...! Guadalquivir!
cómo atormentais la mentel

BENITO VICETTO.

LITERATURA GALAICA.

LOS HIDALGOS DE MONFORTE.

I.

El tiempo huye de nosotros con tal rapidez, que en el espacio de algunos años se ve cumplido lo que ántes era obra de uno ó de muchos siglos—dice Lammenais en el principio de su obra—Alfaires de Rome.

Y es así. Estos pensamientos vagos de algunas individualidades ilustradas, estos deseos ambiciosos de algunos hombres perdidos en el centro de las generaciones desvanecidas, parece que estallan cual pavorosa explosión y preparan de improviso un porvenir, largamente preparado, constantemente supuesto, una quimera generosa y un sueño atrevido.

La Europa presentaba un prodigioso é incontrastable documento de los lazos íntimos que unen las catástrofes sociales á las producciones de la poesía y del arte.

El siglo dorado de la Italia parece que espiró con los últimos suspiros del Tasso.

Sobre este gran nombre, orgullo y panegírico eterno de una nación ilustre, salió otro que el espíritu degenerado de sus contemporáneos colocó al lado de Dante y de Petrarca, de Tasso y de Ariosto.

Gian Bautista Marino, el poeta cantor de los «*Degollacion de los inocentes, del Templo, de los Panegíricos y de Adonis,*» sucedía en entusiasmo y gloria, á la multitud de hombres superiores que habían ilustrado la maravillosa y fecunda tierra de la Italia, que dominaba el mundo por las inspiraciones del arte político, cual en tiempos remotos lo hiciera por el poder de sus numerosas legiones.

¿Qué soplo agreste había invadido la atmósfera de los Alpes y Apeninos, para que la Italia, huérfana de sus grandes talentos, se arrojase envilecida ante la musa frívola de ese charlatan del genio?

Por muchos años reinó este poeta que había definido su misión. Desde París á Madrid, dice Charlés, se creía que el poeta triunfador apagaría para siempre los nombres de Dante y de Tasso, y tal vez los de Homéro y de Virgilio, sus maestros.

En esta época la Francia atravesaba los escándalos tempestuosos de Concino-Concini y los Concentti de la academia de los Pisanis, esperando que la mano implacable de Richelieu la sacase de aquel letargo, ó que la musa austera de Corneille le presagiase el futuro heroísmo de los Condés, Turenas, Catinats y Villars.

También la España se aleccionaba en la detestable escuela con su maestro don Luis de Góngora, fanfarrón de talento y el don Quijote de la poesía, espejo fidelísimo de esa falsa grandeza que se contentaba con aplaudir el dicho—de que la España era como una cueva, que cuanto más tierra se le echa aparece mayor y más profunda.

La Europa descansaba entonces de una gran lucha, y por tanto sus literaturas palidecían con el desfallecimiento político y social de las naciones. El arte tiene un desenvolvimiento fatal pero necesario. Se inspira é idealiza los sentimientos, las pasiones y los raciocinios de su época, y cuando el mundo mo-

ral se estaciona ó degenera, la poesía se lanza aventuradamente en la imitación exagerada de modelos extraños, reproduciendo apenas las formas, la energía ó el genio de los escritores que desea imitar.

II.

Después que se emancipó el pensamiento de la prévia censura, tomó un rápido vuelo nuestra civilización haciéndose frívola, superficial y presuntuosa. La frivolidad es el carácter de la infancia, y en esta se nos presentó la civilización, cuando no hace cuatro siglos hizo su gran conquista. Pero la infancia pasa, y la adolescencia se acerca, y la civilización toma otro carácter: era semi-sabia, y se convierte en erudita; era superficial, y se hace profunda; era frívola y toma una imponente gravedad. Aun se escribe demasiado; todavía la crítica, desgraciadamente olvidada entre nosotros, no es para los genios orgullosos, lo que la prévia censura para las severas inspiraciones de la verdad; pero se encuentra algo que nos marca el período de la adolescencia, y ese algo es la afición de los trabajos históricos, la gravedad y el criterio de los que más recientemente nos ha manifestado la prensa son una prueba segura de los rápidos progresos que hace entre nosotros el saber.

De la historia que nos ha ofrecido estos últimos tiempos, poco tenemos que decir; porque imperando las pasiones políticas cuando se escribía hicieron sentir en ella su influjo maléfico, convirtiendo en instrumento de sus pasiones, unas páginas destinadas á otro objeto, por parecerle los periódicos estrecho campo á sus discusiones. Este es el juicio que creemos más acertado de nuestra historia, tal como se nos ha presentado, generalmente en estos últimos años; estado que no nos sorprende, porque cuando la religión ó la política suscita grandes cuestiones en todos los pueblos, los partidos beligerantes van á pedir á la historia un apoyo para sus creencias, y una investidura respetable para sus personajes como si la historia pudiera doblegarse á las exigencias de los partidos, y de las pasiones.

III.

La historia, al nivel de nuestros adelantos, para que pueda satisfacer el gusto característico de la época, que cubría la aridez del relato con una delicada y juiciosa crítica, debe ser erudita con discernimientos; se verá sin parcialidad; con sentimiento sin ser declamadora; religiosa sin fanatismo, y amena é instructiva para que sirva de enseñanza á los pueblos y á los individuos que es la gran misión que está destinada á llenar. Por las causas indicadas, se vé que la novela se eleva á una altura considerable siendo la crónica de la sociedad donde todo viene á reflejarse y controvertirse en ella. Las de Eugenio Sué, vinieron á ser una cátedra democrática, las de Madama de Dudevan, la aspiración constante de la muger á su emancipación, socialmente hablando; las de Balzac, el escalpelo con que hizo la autopsia moral de la sociedad á la luz de su elevada filosofía; y las de Walter Scott y Alejandro Dumas, se presentaron con otra tendencia más pacífica y ménos revolucionaria, dando á conocer sus reyes al pueblo y viceversa, así como los hechos

más principales de las crónicas antiguas y modernas.

Este último género de novelas, denominadas novelas históricas, porque se fundan en la historia de las naciones, es el que sin duda tuvo más aceptación en el mundo literario y las que ofrecen más porvenir. Ellas no causarán una revolución, porque no son novelas de casualidad y de propaganda; pero serán eternas como las historias de las naciones, porque son *la poesía de la historia*.

A esta clase de novelas ó crónicas pertenecen *Los Hidalgos de Monforte*, del joven escritor don Benito Vicetto y de la cual vamos á ocuparnos, atendida la importancia con que el público acogió sus páginas.

CARLOS BOUSINGAULT.

Se concluirá).

EL MARTIRIO DE AMOR.

¡Qué dulce es el amor
cuando en el corazón hay
ilusiones que le dan vida!

P. C.

¿Quién eres tú que así turbó mi calma?
¿qué sembraste mi pecho de ilusiones
para enjendrar en la región del alma
la más grande pasión de las pasiones?
¿Quién te dotó del fuego dó me inflamo?
¿Quién te arrojó del mundo entre los seres?
que para hacerse amar cual yo te amo
no es bastante el poder de las mujeres!
¿Qué he visto en ti que esa pasión infunda?
¿es tu semblante angelical, sublime?
es tu mirada célica, profunda,
que á dó se fija la pasión imprime?
¿Es de tu labio el candoroso acento
más grato que la voz de los amores?
¿Es de tu seno el perfumado aliento
más puro que el aroma de las flores?
¿Es tu presencia mágica, divina,
de tus cabellos los trenzados rizos,
tu nivea tez, tu boca purpurina,
ó el ambiente que brotan sus hechizos?
No sé, no sé, porque la humana ciencia
á tí no puede remontar su vuelo:
solo pueden de un ángel la influencia
comprenderla los ángeles del cielo.
Torna, hermosa mujer, á tu destino:
¿qué puedes esperar de cuanto encierra
este de abrojos mudanal camino,
esta de dichas despoblada tierra?
¿Qué puedes esperar! Quien en el mundo
á tu amor celestial otro amor guarda!
quien de impura pasión, de un eco inmundo
tu immaculado corazón resguarda!
¿Quién amarte podrá? ¿Quién no hará trizas
con su pasión glacial tu seno amante?
Qué humano corazón no hará cenizas

T. III.

el fuego de tus ojos centellante?

Al acento letal de tu ternura
no habrá otro acento en la desierta mente,
que el pecho de la humana criatura
para sentir tu amor... es impotente.

¡Ah! No quisiera destruir tu calma
con las dudas de un alma dolorida,
porque es dulce el amor cuando en el alma
hay ilusiones que le prestan vida.

¡Ama mujer! Es tu misión de gloria!
Es en la tierra tu deber sublime;
si hay una falta en tu pasada historia
del amor el martirio la redime.

¡El martirio, Pilar! ¡oh! ¡Cuanta penal!
¡Cuanto dolor el pecho humano esconde!
Si un ángel al martirio se condena:
¿dó está la dicha terrenal? ¿En dónde?

Tu que cual yo de una pasión vehemente
el volcánico ardor has padecido:
¿fué un placer el delirio de tu mente?
¿fué un placer ó un dolor cada latido?

Esas de amor ignotas sensaciones
que solo á tu presencia experimento,
del dolor son acaso las fruiciones,
que el amor estremado es un tormento.

Cuando tu voz angelical sonaba
y tu aliento embriagaba mis sentidos,
el corazón mi pecho destrozaba
al golpe asolador de sus latidos.

No más mujer, no más; tanta vehemencia
no basta á contenerla humano pecho;
tu no querrás que en vez de una existencia
te entregue un corazón pedazos hecho.

¡Oh! ¡Déjame vivir!... No más tus ojos
me digan con su fuego que me adoras;
ni el grato acento de tus labios rojos
torne en deleite las amargas horas.

¡Huye de mí!... Tu amor es un martirio
y mi existencia en sus dolores pierdo:
si mi pasión es ante tí un delirio
para amarte me basta tu recuerdo.

Y en el silencio de mi oscura vida
leyendo de mis años el pasado,
yo lloraré tanta ilusión perdida,
tanta esperanza y tanto bien frustrado.

¿Qué más puede enviarte el que te adora
que un suspiro en las alas del quebranto?
Si en tí pensando el alma triste llora
¡hay dádiva más tierna que mi llanto?

Déjame que este llanto derramando
sobre el papel en que te escribo corra
mi amargura indeleble conservando,
¡la huella del dolor jamás se borra!

Y si estas líneas, pálido suspiro,
ayes de un corazón que arrastra el viento,
á tí llegasen en su incierto giro;
conságrame, Pilar, un pensamiento.

Más ay! ¡se perderán, si, mis cantareros
del rudo viento en la corriente vaga
como se pierde en los revueltos mares
el acento postrer del que naufraga!

RAMON RUA FIGUEROA.

Coruña--1856.

MONOGRAFÍAS GALAICAS-

EL ALALALAA...

Pero—además de los faros ¿qué rasgos etnológicos nos dejó aquella civilización fenicia engarzados en las costumbres ó modo de ser de nuestro pueblo galaico?

Si acaso, busquémoslos no en nuestros centros de población ó Galicia civil, sino en nuestras chozas esparramadas por las montañas ó Galicia rural.

Un canto nos conmueve al eernirnos como el águila sobre la atmósfera perfumada de nuestros batientes ríos: es el *alalalaa*.

Siempre habíamos considerado este canto tristísimo y prolongado que usan nuestros montañeses en sus labores, no como importado por raza alguna colonizadora, sino como un canto indígena, propio de la vida aislada y recogida en sí como la sensitiva, que llevan nuestros céltigos. Siempre lo consideramos como expresión de la dulce tristeza del país, por la correspondencia que hay entre sus notas de gran sentimiento—ya vivo ya desmayado, pero siempre rítmico—con el perfume de melancolía que traspasan las rocas solitarias, los árboles inclinados sobre las aguas, las montañas azules que parece que vienen sobre uno, animándose, animándose... y las nieblas que asoman, y se detienen, y pasan, y vuelven á asomarse, y á detenerse, y á pasar,—y máxime al amanecer ó á la caída de la tarde. Siempre, en fin, lo consideramos hijo del país para el país, porque no puede darse nada—etológicamente—que esté más en armonía entre el modo de ser del gallego rural de hoy y el céltigo ó gallego primitivo; y veíamos en el *alalalaa*—psicológicamente—la vibración espiritual, el aroma dulcísimo del alma abandonándose á un sentimiento sin término y exhalándose en notas acompasadas de entonación vigorosa y lánguida á la vez!

Siempre, pues, habíamos considerado el *alalalaa* como una tonalidad local ó indígena, puramente tónica y primitiva;—pero nuestro distinguido investigador Vereá y Aguiar y el Sr. Guerra en su GALICIA HISTÓRICA (imédita), prueban que es de origen tirio ó fenicio.

Hé aquí las palabras del primero:

«La Galicia, en la que, al lado de la más fina civilización moderna, se conservan las memorias de la más remota antigüedad, sin necesidad de violentar ó desfigurar sentidos históricos ni rebajar las glorias de otras provincias para elevar las suyas, tiene otros dos testimonios solemnes de su derivación fenicia. El primero es el famoso nombre de la torre de Hércules, memoria igual á la del templo de Cádiz y de las columnas del Estrecho, que no hay otras de tanta celebridad en la España, y están manifestando evidentemente un comun origen; y hasta los árabes en la historia de la conquista de España llaman á Hércules el *ídolo de Galicia*; sobre que puede verse la obra de don José Antonio Conde. El segundo es el *Alalata*, con que los gallegos del campo concluyen sus cantares. Los fenicios, según Millot, concluían los suyos con el estrivillo *Alelouhia* que es el mismo de los gallegos con muy leve diferencia. Esta conclusión ó estrivillo antiquísimo de la Galicia, no lo hay en ninguna otra provincia. Los andaluces y otros pueblos del Mediterráneo que debieron haberlo tenido, lo perdieron: en primer lugar, con la larga dominación romana que sufrieron doscientos años más que nosotros; y en segundo, con la tan permanente de los árabes, que al contrario en Galicia solo hicieron excursiones momentáneas, rechazadas heroicamente,

de lo que procede tanta nobleza de este país y de las Asturias (augustana y trasmontana). Los godos en la variación de estos usos como en la de la lengua, han influido muy poco. Por eso hemos conservado nosotros este estilo (el *alalaa*) que en el día parecerá tan singular. Masdeu, que también trae el *Alelouhia* de los fenicios, se equivoca en decir, que con este estrivillo empezaban á cantar sus himnos; los concluían, sí; sobre que puede verse el citado Millot.—Otro uso hay en Galicia del mismo origen: el de echar ceniza las viudas y las hijas en sus antiguas cofias en señal de luto.»

Y hé aquí las palabras del segundo:

«No solo los autores que se ocuparon de los fenicios sino hasta la tradición viva aun en el territorio, afirman que el *Alalalaa* de nuestros montañeses en sus faenas agrícolas, se debe á aquellos atrevidos navegantes antiguos que vinieron á cargar sus barcos con el estaño de nuestras Cassiterides: de aquí no solo el *Alalalaa* en Galicia, sino el *ala*, *ala*, ó *aiar* de nuestros navegantes en sus faenas. Sabido es que los fenicios no conocían los buques de vela, y que impulsaban sus barcos á fuerza de remos. Naturalmente este ejercicio ó esta faena la acentuaban los remeros con el *A...la...la...la; la...la...la...la*, etc.; canto que revela un ejercicio de muchos á compás. Nótese bien que nuestros montañeses y ribereños, emplean el *Alalalaa*... en sus labores ó faenas, más que cuando están en reposo.»

Pero ¿qué es el *alalalaa*?—se nos preguntará. Y esta melodía celti-fenicia, no habiéndola oído en nuestros valles, mal puede significarla el pensamiento; porque, si por su naturaleza pertenece al mundo visible, por su sentimiento parece pertenecer á un mundo invisible y superior.

El *alalalaa* es el canto más antiquísimo de Galicia, más aun que la *alborada*: es, por decirlo así, la base obligada de todos sus cantares. No hay gallego que no haya sido arrullado con sus notas de infinita tristeza, ni viajero que no la haya oído al atravesar las revueltas montañas del país: es—á falta de la gaita—su atmósfera musical íntima; y por eso el carácter de nuestras campesinas—impregnado de poética angustia—diríase que está modelado en la sonoridad de esa melancolía indefinible que meció sus primeros sueños;—de esa melancolía que les habla de otro mundo más concéntrico con su purísima sensibilidad, y á donde las conduce un amor contrariado, vulgo *pasión de ánimo*;—desencarnándose su espíritu poco á poco como en un *alalalaa* ó un *ala vou* de inesplicable, misteriosa ternura, y que parece que no ha de terminar jamás sino con el aliento del que *alala*.

Hablándonos Pastor Díaz de las costumbres rurales de Galicia, nos decía que el *alalalaa*—«no era un canto en que se hablaba con los difuntos como lo caracterizaban algunos por su tristísima, bíblica lentitud,—sino el canto del *sufrimiento* elevándose espiritualmente al infinito... *el canto che nell' anima si sente*.»

He aquí como define al *alalalaa* uno de nuestros mejores poetas contemporáneos, Valentín Lamas Carvajal; verdadero poeta; no hijo del arte, sino del sentimiento (1):

Si é que escoitades cando ó sol morre,
cando á ovelliña no monte bala,

(1) Cuanto el sentimiento nos subjuza, el arte es despreciable. Por muy artista que quiera ser el hombre, si le falta el sentimiento, le falta todo. El arte podrá ser un auxiliar del sentimiento, pero nada más que un auxiliar, esto es, nada. El arte se adquiere, el sentimiento no, porque solo viene de Dios. El arte lo encontráis á 20, 50, 200 rs. al mes; el sentimiento... para el sentimiento ni hay maestros ni universidades.

un canto tenro, vago é subprime
que conmovida vos deixa á yalma;
un canto brando pero queixoso
que de pasados recordos fala,
e o mellor canto da nosa terra.

e o *alalalaa*...

Cántan-o as mozas que o gando coidan,
cántan-o os homes que os eidos labran,
cantando os nenos que san da escola
van isa cántiga...

¡Ay que feitizos eiqui en Galicia
Ten ó *alalalaa*...!

Cand' os gallegos morren de coitas
entr' os misteiros d' as suas montanas,
entoan ó canto con moita forza,
y—enton semellan, nas enramadas,
ises murmuxos que ten-o rio,
ises concertos que fan as auras...

Depois que' o entoan con moita forza,
con toda a forza da sua yalma,
van-o baixando pouquiño a pouco
hastra que logo na gorxa esmaya,
como unha queixa que leva ó vento,
cal un suspiro qu' o peito garda.

.....
¡Meu Dios! ¿qu' estrano é que se volvan
loucas d' amores as aldeanas
si ti puxeches no chao gallego
as melodias dun *alalalaa*?...
ise linguaxe do sentimento,
isa amorosa doida cántiga,
forte' o comenzo, tenra no tono,
e lastimeira cando s' apaga?
e necesario non ter no peito
un sentimento nobre, nin alma
pra que indifrente poida escoitarse
aló nas noites de lua crara
nista adourada bendita terra,
un *alalalaa*...

Cando se queixan os paxariños,
cando murmuxan as frescas augas,
cando os perfumes do val se exparxen,
cando sospiran as ledas auras,
e cando as tristes campás d' a írexia
dobran 'as animas
¡ay! que feitizos eiqui en Galicia
ten o *alalalaa*...

No hay en el mundo cantar más lento, más triste, más aspirado ó sostenido; pero en cambio, los recios y sonoros *aturutos* ó *aturuxos* con que lo matizan nuestros montañeses, imitando—no el susurro de las auras ó gorgo de los pájaros—sino el vigoroso y prolongado canto del gallo, hacen que el *alalalaa* impresione por el inesperado contraste de opuestos tonos, que entraña.

¿Y qué vemos en este último? Vemos que si bien el *alalalaa* es de origen fenicio, al adoptar esta tonalidad nuestros céltigos la engalanaron ó acentuaron con sus característicos *aturutos*;—y esta fusion cantable celti-fenicia, nos manifiesta filosóficamente la fusion de razas y costumbres, con especialidad en la orla de las costas galaicas.

La historia antigua de Galicia, no hay que investigarla en los autores *extranjeros*—que apenas ilustraron aun las antigüedades de sus respectivas regiones. Hay que investigarla en Galicia mismo, y pronto, pronto,—antes que el ferro-carril, ese gran transformador de las sociedades, se apresure a borrar las ténues, ya casi intangibles huellas de las razas primitivas y de las razas mistificadoras.

Nuestros montañeses aun vocalizan misteriosa-

mente nuestra historia antigua en sus cantares: el *alalalaa* fenicio con su *fóriture* de *aturutos* céltigos es la voz elocuente del pasado, que nos habla de la explotación tiria en TIRIA (Iria, Padron) y en BRIGANTIA (Betanzos), á la luz de sus respectivos faros, los de la Lanzada y Hércules,—y nos habla á la vez de la anexion pacífica de ámbas razas en nuestro litoral nerío y brigantino.

BENITO VICETTO.

(*Hist. de Galicia, T. II; corregida y aumentada para la 2.ª edicion.*)

SUS CABELLOS.

Dorados son sus cabellos
como los rayos del sol
que en la serena mañana
difunde plácido ardor:
dorados como las mieses
que forman el rico don
de los campos de Galicia,
de los campos de mi amor.
Púdicos besan su frente,
cielo de mi corazón,
como las ondas del lago
el viento al cruzar velóz.
Verdad que son sus cabellos
los de un ángel del Señor,
por lo rubios, por lo hermosos,
por lo brillantes que son.
Quien los tuviera por cárcel
feliz soñára en su amor;
porque cárcel tan dorada
debe ser grata prision.
No lleva el Sil en sus ondas
arenas de más valor,
ni el brillo de su riqueza
su brillo oscurece, nó.
Mejores no los poseén
las graves hijas de Albion,
ni más hermosos los canta
divino vate español.
Cuando sus mórbidas manos
juegan con ellos... ¡oh, Dios!
entónces sufre mi pecho
el más amargo dolor.
Celos tengo de sus manos,
celos de aquella porcion
de rosas y de azucenas
que mayo fértil brotó.
Gran lujo son sus cabellos,
gran joya, de gran valor,
por sus cabellos daría
rey morisco su nacion.
¡Asi pudiera á los años
cerrar el paso velóz
para que nunca manchase
con nieve su áureo color!

EDUARDO DE PATE.

Ferrol, 1876.

AMORES
DEL
CONDE DE BASBEN.

PRIMERA PARTE.

IV.

Primera escena del drama.

(Continuacion.)

Sin embargo, mi compasion, mi amor á Cristina me parecia lo suficiente para obligar á Cárlos á una reparacion. Pero ¿habia reciprocidad de simpatias? No. ¿Qué existia más que esa misma compasion y ese mismo amor de mi parte? Nada: principios de una confianza y nada más. Hoy que más tranquilo recapacito sobre aquellos sucesos, aquel paso me pareció muy nécio y extemporáneo. Perdónenseme, pues, aquellos instintos de *desfacedor de agravios* que me convertirian en un Don Quijote moderno, si bien atenuaria el ridículo de esta calificacion social el interés que Cristina me inspiraba, y que me arrastraba hácia ella insensiblemente, así á bordo como en la fonda, así en el mar como en la tierra.

—*Mio caro*, dijo él, por fin como si le fastidiaran sus lágrimas soberanamente, ¡estás terrible desde que saliste de Bilbao! Ya sabes cuanto detesto el llanto en los ojos de la muger que adoro. Adios: volveré á verte cuando te tranquilices. Conozco como tú que tenemos necesidad de hablar, y hablar largamente acerca de nuestro porvenir, una vez que cometiste la calaverada de venir sin llamarte... Tu misma acabas de deshonorarte en tu pais con esto: y lo que es peor aun, has cubierto de dolor á tu familia...

—¡Dios, Dios!... balbuceó Cristina... no me digas esas palabras tan crueles!... no me reconvengas por haber venido, porque yo... yo no vengo más que... no vengo más que á pedir un padre para mi hijo... y tu nombre ó la muerte!

—Oh! eso... es imposible por ahora!... balbuceó él.

—¡Cómo!... gritó ella tristísimamente como si las palabras de Cárlos encontraran eco en el fondo de sus entrañas... ¿no me cumplirás tu palabra?... no te casarás... no te casarás conmigo?

—Imposible... imposible por ahora, *mio bene*.

—¡Oh! gritó ella con un acento que parecia increíble por sus inflexiones ásperas... ni un año más, ni un mes, ni un dia... ¡Te casarás conmigo aunque me detestes!... ¡Cruel!... ya no quiero tu amor... porque nunca existió! Quiero ser tu esposa, porque me habrás perdido para siempre si en voz del hombre infame no descubro al hombre de honor y de delicadeza! Cárlos... Cárlos... te casarás!

—¡Oh, *per dio Santo!*

—¡Si... sí!... volvió á implorar ella frenéticamente.

—¡Pues... no, no! gritó él con voz bronca y fuerte. Y salió del gabinete bruscamente.

—¡Oh padre... padre mio! exclamó ella cayendo otra vez de rodillas.

Y aquella exclamacion desgarradora de Cristina se confundió con esta *cavaletta* que iba cantando él al pasar por el corredor:

*La tremenda ultrice spada
á brandir Romeo s' apresta
comme il fulgore funesta...*

V.

El canto de Maturin.

Aquella *cavaletta* de Julieta y Romeo que dominaba los suspiros de Cristina y sus exclamaciones de dolor, me hizo un daño terrible.

Di dos ó tres pasos para bajar en pos de Cárlos; pero volvió á contenerme igual consideracion que ántes

¿Bajo qué título me presentaria yo á proteger aquella belleza desventurada?

¿Mi amor?

¡Había cosa más ridícula que hacer alarde de aquel amor que me inspiraba una muger miserablemente perdida, sola y abandonada de todos!

Al distinguirse la última nota del *dilletanti*, volví á acercarme á la pared. Escuché y no oí nada: nada más que suspiros ahogados, dolorosamente comprimidos, que aumentaban más y más mi angustia.

Me aparté rápidamente del tabique, y me puse á pasear por el gabinete como si con la agitacion fisica que buscaba, intentase dominar la agitacion moral que tanto me poseia; y cuando mis ojos se fijaban en él, á impulsos de un deseo irresistible de curiosidad, como si pretendiera ver, á través de sus ladrillos, una sensacion penosa, me obligaba á apartarlos como si me inspirasen horror.

Pasó un mozo en direccion de su gabinete, y le recordó la hora de almorzar.

—Bien... más tarde, murmuró ella tristemente.

—¿A qué hora? insistió él.

—¡Qué se yo!... ¡Déjame! murmuró ella con disgusto.

Por más insignificantes que os parezcan estos detalles, tomaban para mí unas proporciones gigantescas al congeturar por ellos el estado de aquel espíritu abatido, de aquella muger á quien amaba tanto cuanto desgraciada la veia.

Es muy natural rehusar toda clase de alimentos cuando uno se encuentra profundamente conmovido; pero aquel «¡qué se yo! ¡Déjame!» de Cristina, era otro de los eslabones que yo unia á la cadena de ideas lúgubres que conabiera acerca de su por-

venir, desde el momento de la borrasca, en que hablando de Dios ya descubrí cuanto se encerraba en el excepticismo de aquella alma, el infortunio que habia de terminar sus días.

Muy pocas veces el suicidio suele ser hijo de una desgracia repentina. La idea del suicidio suele ser rechazada con horror tan pronto como se concibe por vez primera. Cuando aparece otra vez, vuelve á rechazarse también, pero ya con ménos fuerza; hasta tanto que tenaz y porfiada, segun la intensidad de la desgracia que á uno le abrume, consigue oscurecer y dominar nuestras facultades intelectuales, fijando una conviccion.

Algunas palabras de Cristina me hicieron pensar en el estado de su cerebro, trabajado por la desgracia irreparable al parecer. Me faltaba conocer la enormidad de esta desgracia, y estudiar aun más aquella sensibilidad tan vivamente lastimada. Cuando la comprendí, cuando lo sondeé en toda su profundidad, ví, reflexioné con dolor, que el suicidio estaba en armonía con su estado psicológico.

Y aun más que todas estas consideraciones, pudo mucho en mí un sentimiento instintivo, una idea que se me habia fijado respecto á su fin trágico. Cristina, ni era una sensitiva ni una siempreviva, era un término medio entre la sensibilidad de estas dos plantas; pero, más que todo, parecia reunir aquella flor la cualidad simbolica de las *veladonas* de los brasileños, plegarse y secarse á la luz del relámpago que anuncia la tormenta. Rara vez esperan sus vientos y sus aguaceros. Rara vez sobreviven á ella; pero si sobreviven, son eternas, tanto, que aunque los arranqueis despues de su mata circular, las *veladonas* se mantienen como flores artificiales.

Todo parecia indicar en ella una predisposicion al suicidio que me hacia temer por su vida. No comió nada aquel día ni al siguiente. Al tercero tomó tan solo unas tazas de té.

Pregunté si estaba mala, y me digeron que no. Pasé recado para ponerme á sus piés, y se disculpó con un dolor de cabeza.

Esto no me gustó nada. Pensando estaba en ello tristemente cuando oí un gran ruido en la escalera. Era Maturin que subia precipitadamente. Casi siempre la subia así; pero esta vez causaba más ruido que nunca.

Abrióse bruscamente la puerta del gabinete, y entró en él como desatentado.

—¡Esto es insufrible! ¡Esto es atroz!! bramó al entrar.

Y me mostraba con ceño unos papeles que traía

—Pero ¿qué es eso? le pregunté.

—¡Esto es lo más infame... lo más cruel del mundo!... Ya leiste mi oda al cabo de Machichaco, ¿no es verdad, mi querido Basben?

Yo apenas me acordaba de ella.

—La oda que salió ayer en el *Centinel* de Galicia... continuó él; esa composicion mia á las rocas del cabo Machichaco que tú y casi todos los de á

bordo pusisteis al nivel de un canto de Beranger, por la armonía de sus versos y sus ideas atrevidas y populares...

Yo continué callado, confundido por aquel torbellino de palabras. Empezaba, si, á recordar su pobre composicion; pero no que la hubiera comparado á un canto de Beranger.

—Si... si... le dije: ¿y qué sucede?

—¿Qué sucede? Que me la critican horrorosamente en otro periódico; pero que periódico! Un periódico mercantil y raquitico!

Y daba gritos desafortados.

—¿Y qué dicen, pobre Maturin?

—¿Qué dicen? ¡Qué no tiene piés ni cabeza... que es imposible leerla, sin quedarse dormido á la segunda estrofa... y que debe ser muy estúpido el que se ha propuesto á hacer una oda á las rocas del cabo Machichaco!...

—¡Sosiégate, hombre!

—¿Qué he de sosegar? ¡Puede darse acaso un asunto más grande, más fuerte! ¿No dijo Victor Hugo hablando de unas ruinas *Aquí brota el pensamiento del granito*? Pues bien, ¡Qué mucho que yo haciendo una *poesia* á las rocas del cabo Machichaco, dijera: *Vuestro silencio es más elocuente que una melodía celestial... Rocas, gigantescas rocas, yo os saludo!*

Y en un arranque de desesperacion arrojó al suelo el periódico que criticaba su oda.

—Pero... no es esto todo, continuó exasperándose por momentos, sino que allí mismo, en el paseo donde leí la crítica, zureí una fábula con el lápiz, titulada: *Al asno crítico*, en donde le ponía de... vuelta y media.

—Y...

—Corrí al periódicuelo y pedí su insercion como contestacion al que me habia criticado, y... me dicen que lo sentian mucho, pero que aquello no podia insertarse.

—Es una defensa á los cargos que me hace el crítico, les grité, y debe insertarse. Pero, nada, tampoco quisieron, diciendo que aquello era un insulto, no una contestacion, y que si yo la tenia por tal, no dejaba de ser una contestacion [bastante ilógica.

—¿Y qué le decias al crítico en tu fábula, pobre Maturin?

—Mira:

Y se disponia á leerla.

—No... No... me apresuré yo á decir: dime lo que le dices.

—¡Toma! ¡Qué es un asno en criticar mi composicion á las rocas del cabo Machichaco!

—¿Y nada más, pobre Maturin?

—¿Qué más le habia de decir, mi querido conde?

—Hé ahí en lo que has hecho muy mal. Tú no debiste decir que era un asno, sino demostrarselo.

—¿Y... cómo?

—Muy sencillamente. ¿Tienes fé en tu composicion?

—Mucha, Victor.

—Pues, bien, defiéndela pero sin llamarle asno. Esta calificación que deseas para el crítico, que surja más bien de tu defensa, que no de la palabra escrita.

—Tienes razón... eso sería mejor... pero... no puedo yo hacer eso... conde.

—¿Por qué?

—Porque el crítico es una mujer.

—¿Y que le hace?

—Y esa mujer... esa mujer es Cristina.

—¡Cristina!!!... exclamé asombrado.

—Así me lo dijeron en la redacción,

—¿Quién?

—Ellos... los redactores.

—¡Imposible!

—No te quedé duda de que fué ella. Dicen que la señorita que me criticó la composición, hará unos tres ó cuatro días que vino de Bilbao, que es una poetisa, una literata, y que suscribe con el seudónimo de *El Girasol*.

—Es verdad que Cristina hace poco que vino de Bilbao...

—¡Toma! con nosotros...

—Sí... pero no es poetisa...

—¡Qué sabes tú! Mira.

Y me enseñó un papel que sacó de su cartera.

—Esta composición le cayó á bordo... No... no... miento... La que le cayó á bordo es otra. Esta la encontré ayer á la puerta de su cuarto.

—Dámela, le dije ansiosamente.

Y se la arrebató de las manos.

Desdoblé aquella composición, y era un canto desgarrador, ¡una despedida al mundo! Hablaba del suicidio como se habla de un bien, de una felicidad manantial de mil felicidades.

—¡Oh! exclamé al acabar de leer aquel canto: no morirás... no morirás, pobre niña!

Y me precipité como un loco en el cuarto de Cristina.

VI.

El canto de Cristina.

— Cuando entré en su gabinete sin anunciarme, con la precipitación consiguiente á la idea que me conducía á él, hallábase Cristina sentada en el sofá, pálida, melancólica y con la cabeza apoyada en una mano como si meditara ó padeciera mucho.

Yo me detuve al verla, como si me olvidara de todo para mirarla.

—Perdon... perdon... señorita, tartamudee al impulso de las sensaciones que me conmovían á su presencia.

Ella levantó la frente y me miró sin estrañeza.

—¿Qué tiene V., señor conde? me preguntó pausadamente. ¿Qué pasa?... ¿De qué me pide V. perdon?

—Pido á V. perdon, Cristina, por faltar á las fórmulas de etiqueta... presentándome así... tan precipitadamente y sin anunciarme.

—¿Nada más que eso? preguntó dulcemente.

Y se levantó.

—Pues si no me ha ofendido V. más que en eso, caballero, debo darle á V. gracias por sus ofensas, pues ellas me proporcionan el gusto de ver un amigo... ó un compañero de viaje.

Y me tendió la mano con una finura exquisita.

Yo estuve por besar aquella mano que estreché con la mía temblorosa; yo estuve por acercar á mi corazón aquella mano para que detuviera sus latidos. Dos ó tres años ménos, y lo hubiera hecho. Dos ó tres años ménos, y hubiera cometido una grosería á los ojos de ella y del mundo, una necesidad á mis ojos, ó una satisfacción que me haría venturoso por algunos instantes.

—Gracias, señorita, la dije, gracias... es V. muy buena en disculpar así mi aturdimiento, mi locura...

—Aturdimiento!... ¡locura!... murmuró. Siéntese V. señor conde, y hablemos.

—Sí, hablemos, repetí yo sentándome. Tiene V. razón... es preciso que hablemos.

—Ya vé V.; continuó ella con una dulzura encantadora, y aun creo que con una sonrisa de purísima alegría: ya vé V. que es muy natural que hablemos, despues de un viaje tan fatál como el que tuvimos. V. querrá saber que tal me ha parecido la Coruña; pues bien: sus paseos son bellísimos y muy precioso su gran teatro de San Jorge. ¿No es esto, caballero, de lo que V. dice que es preciso hablar?

Y recalcó aquella palabra subrayada.

—¡Oh! no... volví á tartamudear yo, esperando darle otro giro á la conversacion para hablar de su último canto, para destruir sus ideas lúgubres. De nada de eso tenemos que hablar hoy, señorita: más tarde hablaremos de eso. Hoy hablaremos de V.

—¡De mí!

Y por un movimiento natural de asombro, llevé la mano derecha al corazón para acentuar aquellas palabras; pero con tan angélica expresión, que más y más me confundía.

—De V... de V... Cristina, afirmé turbado.

—Muy bien, contestó: como V. guste. Puede V. empezar, señor conde.

—Cristina, la dije, V. trata de suicidarse.

—¡Caballero! exclamó mirándome fijamente: ¡está V. loco! ¿Por qué he de suicidarme?

Y se esforzó por sonreirse locamente.

—Las causas que la conducirán á V. al suicidio, señorita, contesté impávido, creo haberlas comprendido... aunque confusamente.

—Podía V. decirme esas causas, caballero, ya que así... tan extemporáneamente, se entromete V. á analizar mis sensaciones, mis ideas...

—Señora, V. me abrió ese camino en la cámara del *Jóven Arturo*... V. me llamó para confirmármelas tal vez... Pero las lágrimas que se agolparon á sus ojos en aquella entrevista, detuvieron la voz en su garganta.

Ella depuso el tono y la exclamacion [epigráfica de que se habia revestido por un momento, y frunció el ceño ligeramente á aquel recuerdo que yo invocaba.

—Señorita, preciso que haya algo de providencial entre los dos. Si, en efecto, es así... no se oponga V. á la Providencia; no trate V. de borrar cuanto ella haya escrito respecto á ámbos. Yo la vi á V. y la amé instintivamente, Cristina; sentia un poderoso impulso de atraccion hácia V., que ni podia dominar, ni analizar. Unas veces lo calificaba de compasion, otras de amor y otras de amistad... pero yo creo que son estas tres afecciones á la vez lo que ha despertado V. en mí desde que la vi en la cámara del *Jóven Arturo*; una fusion espiritual de estos tres sentimientos hácia un objeto, Cristina; ¡una adhesion providencial, en fin!

—¡Muy bien!... ¡Muy bien! exclamó ella con coquetería, pero una coquetería violenta; ¡y todo eso... ¿todo eso para venir á hacerme una declaracion, caballero?

Y aunque forzada, la sonrisa con que pronunció estas palabras, era tan cáustica y picaresca, que no parecia pertenecer á aquel rostro purísimo, dulce y encantador.

—Señorita, la dije resentido; no confunda V. esta adhesion, este interés que V. me inspira... Por extraño que sea para V., yo jamás me vulgarizo hasta el punto de hacer esa clase de declaraciones triviales y rutinarias á que V. alude y se entretienen los jóvenes de mi edad. Yo cuando amo soy el último que lo sé. Quizá no me hará favor este lenguaje; pero yo, Cristina, si no me equivoco respecto á sus sentimientos, V. también ha sentido y siente por mí esa misma atraccion, esa misma adhesion que yo caracterizo de providencial, obediendo á la impresion que me inspira. ¿Quiere V. que le recuerde otra vez las lágrimas de la cámara?

—¡Oh... no... no? exclamó ella, contraigámonos á un solo punto, caballero... ¿Por qué dice V. que voy á suicidarme?

Esta vez era más seria su pregunta.

—Todo me lo hace presumir, Cristina, contesté; y por último, ¡hé ahí vuestro último canto, vuestro último adios al mundo!

Y le alargué el papel que arrebatara á Maturin.

Ella lo recogió estremeciéndose. Lo desdobló; vió su letra, y lo plegó en seguida con una indolencia penosa.

—¿Y por esto... dijo, nada más que por esto ¿cree V. que yo me voy á suicidar?

—Ya ve V., ese canto es un adios á la sociedad, á su padre de V. y... al objeto de su amor... Ese canto es...

No me dejó concluir. Estalló en una risa extrepitosa, pero siempre forzada, y murmuró con sarcasmo;

—¡Eso es chistoso, señor conde! ¡V. cree que se escribe siempre con sentimiento...! ¡V. cree que

yo, que en efecto he escrito ese adios al mundo, le lance un adios verdadero, un adios de corazón...! ¡Oh! cálmese V.; soy aun muy joven, y creo que algo bella, para dejarme arrastrar por ese sentimiento funesto que á V. preocupa tanto.

Y se sonrió con más fuerza.

—Señorita... la dije; bien sé que muchas veces escriben los poetas sin sentir lo que escriben... lo sé por mi amigo Maturin, á quien V. también conoce, y... por otros que traté en la corte; pero... ese canto de V... ese canto de V..., Cristina, es lo contrario... pues al leerse se experimenta angustia, opresion... lástima... ¡qué se yo! Pero ese canto está escrito en armonía con los sentimientos del alma de la cantora. ¡Si... si., ó soy un visionario, Cristina, ó ese canto es el último suspiro de un corazón despedazado por la adversidad!

—Quizá sea así, caballero... quizá desde la borrasca del viaje su cerebro de V. haya quedado lastimado... quizá sea V. un visionario.

Y volvió á significarse en una risa insultante, que me afectó profundamente.

—Bien, Cristina, la dije levantándome; usted ridiculiza mi afecto; pero Dios quiera que no se realicen mis temores.

—Descuide V., me dijo sin dejar de reirse; pues ese canto no es más que una composicion más en el catálogo de mis composiciones caprichosas; esa clase de composiciones, caballero, hijas de dolores fantásticos, no de dolores reales y desgarradores como V. quiere suponer.

Yo me incliné y salí.

Sus palabras no me habian tranquilizado. Lejos de eso, me preocupaban más. Aquella pobre niña disculpaba sus sentimientos y sus ideas con expresiones y sonrisas llenas de coquetería. Yo esperaba que me abriera su corazón... pero ¡ay! su corazón se plegaba á toda confianza.

Cuando llegó el caso de confiarme sus desgracias, como lo habia pretendido una vez en la cámara del *Jóven Arturo*, ya era tarde... exhalaba en mis brazos su último aliento!

VII.

En la retreta.

Era la época de las retretas. Aun no habia aparecido una real orden suprimiendo esas costumbres, esas *ópera de los pobres*, como las llamaban los *dilettanti*, y esas diversiones en que tomaba parte todo un pueblo desde las ocho ó nueve de la noche, segun las estaciones, hasta las once ó doce.

El temor á los pronunciamientos ó motines revolucionarios aun no extinguiera esa institucion ó regla militar de que habia hecho el público una propiedad suya, exclusivamente suya.

¡Las retretas de música! ¿Quién las recordará sin emocion? Dichosa época aquella en que uno era estudiante ó militar, porque era necesario ser de todo, y terciando su capa despues de anochecer,

iba á oír la *Norma* ó la *Straniera* bajo los balcones de las casas, coronados de lindísimas niñas, y paseaba despues entre ellas por las calles de la ciudad á la luz de la luna, y al compás de la animada jota aragonesa, lentamente acompasada, ó de los voluptuosos wals de Straus y de Iradier.

De aquí mil aventuras, mil intrigas, mil amores que, semejantes á los de un baile de máscaras, nacían y morían en una noche.

De aquí mil sensaciones de placer ó de disgusto que conmovían el espíritu.

En una de esas anheladas noches en que la música de un regimiento impregnaba el espacio con las melodiosas notas de la *Lucia*, á poco de mi llegada á la Coruña, me hallaba sentado en el mirador de cristales de la fonda, poseído de esa deliciosa vaguedad que inspiran las dulcísimas armonías de Gaetano Donizetti, que arrebatan al alma y la elevan del mundo real y positivo al mundo encantador y fantástico de nuestros ensueños, de nuestras ilusiones juveniles.

Yo no habia querido salir de casa, porque Cristina tampoco saliera. Ambos estábamos separados, cada uno en su gabinete; pero ¡qué importaba! ¿No estaba ella allí á pocos pasos? ¿No la veía de vez en cuando asomarse á su mirador, detenerse en él unos momentos reflexiva, muda, inmóvil, y desaparecer despues para volver en seguida, cuya alternativa era el cielo y el infierno de mi alma, la luz y las tinieblas!

En uno de estos instantes en que asomada á los cristales miraba la gente con una curiosidad creciente como si pretendiera distinguir á alguna persona, la vi retirarse precipitadamente del mirador.

Momentos despues entró en mi gabinete.

¡Ella en mi gabinete! ¡Cristina en mi gabinete, á aquellas horas, cuando nunca habia puesto en él los piés! ¡Qué queria!

—Caballero, me dijo apresuradamente, tenga V. la bondad de acompañarme... tenga usted la bondad de darme el brazo.

Yo no pude contestar más que con un murmullo de sorpresa á aquella exigencia deliciosa.

—Otro favor... dijo convulsivamente... déme usted palabra de no hacerme ninguna pregunta... de no hablarme de nada de que pueda resentirse mi susceptibilidad...

Y eran sus miradas tristísimas, imploradoras, y yo me incliné respetuosamente.

—Bien, continuó; confío en V... confío en la delicadeza de sus sentimientos, y á ella apelo en este lance. Venga V.

Cogió mi brazo y salimos á la calle.

Bien pronto Cristina y yo nos perdimos entre el gentío. Ella era la que me conducía, la que me guiaba por entre aquel laberinto de capotas y capas, por entre aquellas escenas amorosas que interrumpíamos con un codazo. Yo iba silencioso y fatigado por el peso de aquel inmenso bien que el destino me concedía por unos momentos. Ni pen-

saba en la «Lucia,» ni en ella. Estaba aturdido; como si no me pudiera dar cuenta á mi mismo de aquella agitacion de mi espíritu.

Nos detuvimos cerca de una confitería, casi pegados á la vidriera, y ella procuraba que la luz que despedía no descubriera sus facciones. Entre la gente que habia cerca de nosotros, se particularizaba un corro de señoras por sus risas extrepitosas y la vivacidad de sus palabras. Cristina parecia devorarlas con la vista, y no desperdiciaba ninguna de sus expresiones como si le interesaran sobremanera.

De repente se tapó la cara. Acababa de pasar Maturín casi rozándonos, y sin duda temió que la conociera, pero Maturín, entró tan apresurado y distraído en la confitería, que ni siquiera me miró.

—Maturín... Maturín... llamó una de aquellas señoras.

Maturín se volvió.

—Dispéñeme V. por un momento, Carlota, contestó; tengo precision de concluir en este instante una oda á Donizetti por el aria final de la *Lucia*. ¡Es *superba*!

Y entrando en la confitería rápidamente, sacó un lápiz y papel, y se puso á escribir en el mostrador. Pobre Maturín! Siempre en su idea de hacer versos á cualquier cosa que veía ó escuchaba!

Las señoras no volvieron á importunarle, y continuaron su charla, ó su broma como ellas decían.

El que originaba esta charla ó esta broma, era un marino que se hallaba allí. Me entristecí profundamente por aquella ansiedad que constituía mi tormento. ¡Ay! ella no pensaba más que en él. Yo creí que ya lo olvidara por su ingratitude, y sufría un desengaño terrible. Yo creo que en pós de la figura de Carlos, podía elevarse la mía para ella... mi amor sustituir á su amor, y recoger en mi corazón virgen en amores, su corazón dolorosamente lastimado. Yo creí que la muger cruelmente abandonada se olvidaria fácilmente del objeto de su primero amor para buscar la felicidad en otro. ¡Oh! tristes creencias cuando el amor primero no se olvida nunca!

Aquel interés por Carlos me desazonaba: pero yo no tenia valor para abandonar mi lecho de Procasto. La amaba ya tanto y en tan poco tiempo, no obstante su amor á otro, que hubiera sucumbido gustosamente por una sonrisa de Cristina, aunque os parezca muy exagerado ese sentimiento que me inspiraba.

El brazo de Cristina que descansaba sobre el mio, temblaba de tiempo en tiempo; alguno que otro murmullo de desesperacion salía de sus lábios, y al fijar una vez los ojos en su rostro, noté en él fugitivas lágrimas á la incierta luz de los reverberos, y de los vistosos quinqués de la confitería.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)